

**John Cornwell, *El Papa de Hitler. La verdadera historia de Pío XII.*
Barcelona: Planeta, 2000, 465 pp.**

La Segunda Guerra Mundial fue sin duda uno de los más violentos y atroces momentos de la historia del siglo XX. Se cometieron innumerables abusos, crímenes, persecuciones, todo lo que generó grandes odios. Dentro de los múltiples abusos destaca en lugar preeminente el holocausto contra los judíos por el régimen nazi. Es en este marco histórico en el que se ubica el libro de Cornwell que se comentará a continuación, y explica con grandes detalles el papel del papa Pío XII respecto del holocausto.

Eugenio Pacelli, quien años después se convertiría en el Papa Pío XII, nació en Roma, de una familia católica con una fe muy firme. Su padre y su abuelo fueron abogados del Vaticano y otros miembros de su familia trabajaron también en el minúsculo territorio de 44 hectáreas perteneciente al Vaticano. Se educó en colegios católicos y mostró pronto su deseo de ser sacerdote. Ya ordenado, ingresó al servicio del Vaticano como ayudante del subsecretario de Asuntos Exteriores en la Secretaría de Estado Vaticano. Su ascenso fue rápido y pronto ocupó puestos muy altos dentro de la curia vaticana.

Pacelli llega a ser un gran diplomático y representó a su Santidad en muchas ocasiones, ante los gobiernos de Inglaterra y Francia y sobre todo Alemania.

Impulsó el concordato con Servia, lo que trajo muchas molestias con Austria, dado que este acuerdo entre Servia y el Vaticano, a los ojos de Austria, significaba el reconocimiento tácito de Servia, territorio que el Imperio Austro-Húngaro había dominado. Por otro lado, como el autor explica, Servia tenía especial interés en este Concordato, pues representaba su reconocimiento como Estado independiente, no como parte del Imperio Austro-Húngaro. Cornwell asimismo

explica el contexto histórico de estos acontecimientos y cómo la participación de Pacelli, como representante del Papa, fortalecía los Concordatos con el propósito de lograr la protección de los católicos en Servia, dado que mayoritariamente la población de Servia es ortodoxa. En esta situación internacional el autor asimismo explica los importantes deseos que tenía Servia de encontrar una salida al mar Adriático, pues Montenegro se la obstaculizaba. Austria, por otra parte, en su expansión imperial también deseaba una salida al mar. Es importante señalar que el autor siempre ubica todas las acciones políticas, la acción de los Concordatos y otros asuntos de Pacelli, dentro del contexto histórico del momento y a lo largo del libro explica los distintos cambios históricos, políticos, sociales y culturales, lo que da a esta obra una dimensión muy amplia y completa.

Por cosas del destino, a Pacelli le tocó ser obispo destacado en Alemania como nuncio durante la Primera Guerra Mundial. Tanto él como el Papa de ese momento, Benedicto XV, pensaban que los regímenes de derecha aunque fueran un poco extremistas siempre serían mejores que el régimen comunista que comenzaba a aparecer en Rusia y al que Pacelli temió toda su vida. El autor asimismo enfatiza en estos asuntos del gran temor de Pacelli al comunismo, aún después de convertirse en Papa. El autor, más adelante en su obra, se pregunta si no sería mayor el temor al comunismo que tenía el Papa Pío XII, que una posible enemistad con Hitler y que por ello quizá nunca realmente condenó con nombres claros, como el Nazismo y la muerte y persecución de judíos, para no enemistarse con Hitler, quizá —se pregunta Cornwell— porque Hitler se enfrentaba al comunismo.

Pacelli trabajó intensamente durante la Primera Guerra Mundial llevando alimentos y medicinas al frente, intervino con el Kaiser para tratar de que terminara la guerra pero el Kaiser alegó que Alemania no había comenzado la guerra. Finalmente el conflicto terminó el 11 de noviembre de 1918 con la rendición de Alemania.

Los años siguientes fueron difíciles. Pacelli, gran diplomático, trató de que todo fuera mejor en las relaciones de la Iglesia y el resto de Europa. En febrero de 1922 muere Benedicto XV y comienza el papado de Pío XI. Durante este papado Pacelli logró el concordato Bávaro y el Prusiano, como parte de sus políticas concordatarias para la protección de los católicos en esas regiones, lo que significaba una mayor participación de la Iglesia en la zona.

En la navidad de 1929 el Papa Pío XI consagró a Pacelli como cardenal y lo nombró Secretario de Estado, el puesto más importante del Vaticano después del Papa, ya que el Secretario de Estado es quien en realidad dirige toda la política interna e internacional del Vaticano, aunque siempre fiel a las directrices pontificias. Es en este puesto donde Pacelli más se destacó y donde llegó a tener una gran influencia en Alemania, Italia y muchos otros países europeos, en los años inmediatos antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial.

En tanto en Alemania, Hitler comenzaba su ascenso, negociaba con la Iglesia Católica como parte de sus políticas que le ganarían reconocimiento del Papa y por ende reconocimiento tácito a sus actuaciones, pero por otra parte declaraba "o se es católico, o se es alemán", dando a entender que eran incompatibles. Es oportuno recalcar el hecho de que, como el autor enfatiza en su obra, para Hitler el reconocimiento del Vaticano y el posterior Concordato entre el Papa y la Alemania de Hitler, tenía principalmente aspiraciones políticas y lograr el reconocimiento internacional, pues casi de inmediato, Hitler persiguió a los católicos alemanes en diversas partes. Miembros del partido nazi golpearon, arrestaron y mataron a muchos católicos, pretextando su participación política y oposición a Hitler. El autor analiza con detalle cómo Hitler, por medio de sus representantes, en las negociaciones por el

Concordato con Pacelli, impuso la prohibición de que los católicos participaran en partidos políticos de tinte católico y que se establecía como absolutamente prohibido que los sacerdotes alemanes participaran en puestos públicos y que formaran parte de partidos políticos. En esto Hitler fue un gran negociador y se impuso. La Iglesia tuvo que ceder y perdió terreno en estas negociaciones en el Concordato con la Alemania de Hitler.

Cornwell critica con fuertes palabras el hecho de que el Vaticano no se hubiera enfrentado en esos primeros años con mayor firmeza y decisión a Hitler y que hubiera cedido tanto a las presiones del dictador alemán. También critica que el Vaticano, primero Pío XI y luego Pío XII, no protestaran enérgicamente contra las persecuciones de los católicos en Alemania, contra los abusos, golpes, arrestos e inclusive muertes. Como parte de las demandas de Hitler para el Concordato, el autor también señala el acontecimiento de que la Iglesia presionó para que se aboliera el Partido de Centro, pues este significaba una gran oposición a Hitler. Así Hitler encontraba el camino abierto y sin obstáculos, gracias también al Concordato y a las relaciones entre la Iglesia y el Partido Nazi.

Hitler negoció también con las iglesias protestantes por lo que hubo libertad religiosa en Alemania, pero comenzaba ya la lucha nazi contra los judíos. En este tiempo Pacelli representó al Santo Padre ante Francia y Estados Unidos en un importante viaje. En estos países tenía un inmenso triunfo como diplomático y religioso. Posteriormente también estuvo en Sur América presidiendo un Congreso Eucarístico en Buenos Aires, Argentina y pasando luego a otros países suramericanos, como Brasil. El autor explica estos viajes y la pompa con que lo recibían los líderes políticos de los países que visitó en Sur América, así como el católico pueblo argentino y el brasileño.

Por otra parte, en Alemania Hitler seguía su lucha antisemita, persecución y confiscación de los bienes de los judíos. Al mismo tiempo también prohibió a los niños alemanes asistir a escuelas católicas y el culto externo fue prohibido. Todo esto con el propósito de disminuir

cualquier posible oposición y mantener a todos bajo estrictos controles. Hitler también persiguió a judíos que se habían convertido al catolicismo, lo que le ganó la protesta de uno de los obispos de Alemania, pero no del Vaticano, pues Pacelli evitaba este tipo de confrontaciones y más bien influyó sobre otros obispos alemanes para que evitaran esas críticas en sus pastorales. Aquí es donde el autor señala que posteriormente se escribió una carta pastoral firmada por todos los obispos alemanes, pero en términos muy vagos y no puntualizaron con claridad los asuntos que se querían corregir y evitar. Ahí, explica Cornwell, estaba la mano de Pacelli, Secretario de Estado del Vaticano.

Pío XI pareció comprender esta situación y escribió una encíclica sobre el asunto pero esta no fue conocida públicamente. Pío XI muere en febrero de 1939 luego de un papado relativamente corto. Eugenio Pacelli es elegido Papa, escoge el nombre de Pío XII y es coronado con gran esplendor, inusual porque desde hacía mucho tiempo las coronaciones papales eran muy sencillas. Pío XII daba la sensación de un ser angelical, lleno de santidad, así lo llamaron *Pastor Angelicus*. Su vida privada era muy simple, se levantaba a las 6:30 a.m., desayunaba un poco de leche y pan, siempre sus comidas fueron muy frugales, quizá por los problemas digestivos que padeció en su juventud, como explicó el autor al principio de su obra. Esto es evidencia de los múltiples detalles que contiene la obra. Pío XII leía los asuntos urgentes en las primeras horas de la mañana, atendía las audiencias privadas, paseaba por los jardines del Vaticano, almorzaba y luego en las primeras horas de la noche cenaba igualmente de forma liviana. De nuevo el libro abunda en detalles triviales.

Todos los días decía misa en su capilla privada. El gran deseo de Pío XII fue convertirse en un portador de paz y por ello luchó constantemente por mantener la paz en Europa. Inglaterra y Francia habían prometido a Polonia que la ayudarían si Alemania hacía algo contra ella, el Papa le pidió a Polonia que cediera algo en las exigencias de Alemania para prevenir la guerra. La intervención del Papa Pío XII en estos asuntos y las condiciones que pedía a Polonia en realidad se

percibían como ayuda a Alemania, para que ésta lograra sus objetivos, tal como lo explica Cornwell. Las medidas conciliadoras del Papa y sus deseos de evitar una guerra fracasaron. Así, el 1 de Septiembre de 1939, Alemania invadió Polonia, y el 3 de ese mes, Inglaterra y Francia declararon la guerra a Alemania.

Comenzaba un largo camino en el que murieron millones de personas, se destruyeron ciudades enteras y el mundo cambió. Desde el principio el Papa quiso la paz y luchó por obtenerla, pero era muy difícil pues sus políticas conciliadoras no llenaban las expectativas de los franceses ni de los ingleses, ni de los polacos ni de muchos otros, como los belgas y los holandeses. Además el Papa no criticaba a Hitler y no se oponía a él, ni a sus políticas de persecución de los judíos. Estas eran las más importantes demandas de los aliados para una posible conferencia de paz. Finalmente Pío XII se olvidó de la conferencia de paz.

Durante los primeros años de guerra Pacelli intervino muy calladamente en los países invadidos pero no mostró parcialidad hacia ninguno. Sin embargo, el gran problema del que se le acusa es no haber intervenido directamente a favor de los judíos, cruelmente tratados, martirizados y sacrificados durante la tiranía nazi. El autor señala que entonces la política de la Iglesia respecto de los judíos era: "los judíos tienen que valerse por sí mismos", como dando a entender que no era de la incumbencia del Vaticano, aunque sí desde el punto de vista humanitario, pero la Iglesia debía mantener su neutralidad. Pacelli ayudó, no obstante, a muchas familias judías hacia las que demostró gran misericordia. Así favoreció a algunos judíos que huían de la persecución nazi, pero no quiso intervenir públicamente condenando el holocausto. El Papa tenía más miedo al comunismo que al Nazismo. Esto, asegura el autor, le ha costado una condena casi mundial. Aún a los judíos italianos a los que se esperó que ayudaría, tampoco les mostró mucha simpatía, salvo casos excepcionales de aquellos que él mismo protegió en el Vaticano al darles asilo, como al rabino de Roma.

El autor enfatiza a lo largo de su libro que si el Papa hubiera criticado y condenado públicamente las atrocidades de Hitler, desde los primeros

tiempos en que tuvo noticias de éstas, quizá sus condenas hubieran evitado tantas muertes y persecuciones de judíos y de otras minorías. Sin embargo, me parece que esto es solo una especulación, pues no sabemos si una condenada pontificia a los horrores del holocausto hubiera hecho cambiar a Hitler. Cornwell basa esta opinión en evidencias circunstanciales, como los casos que explica en la obra de algunos cambios de opinión de Hitler ante ciertas críticas de la Iglesia.

Por otro lado, la Iglesia también debía de haber protestado ante las atrocidades que se cometían en Croacia contra las poblaciones serbias ortodoxas. Muchos de estos crímenes los llevaban a cabo no solo católicos, sino inclusive sacerdotes, en la búsqueda de "las limpiezas étnicas" que desde entonces cobraban gran auge en la zona que fue Yugoslavia, la patria de los eslavos del sur. Pero el Vaticano se mantuvo mudo al respecto.

En 1954 Pacelli enfermó y dos días después de un serio padecimiento murió. Sus funerales y entierro fueron de lo más suntuoso de los últimos tiempos, por lo menos 500 personas por minuto desfilaron ante su cadáver.

Pío XII dejó una Iglesia necesitada de renovación. Su sucesor, Juan XXIII, convocó a un concilio en el Vaticano que generó el *aggiornamento* de la Iglesia. Pablo VI, sucesor de Juan

XXIII, llevó a cabo otros profundos cambios con los que la liturgia y en general la Iglesia se transformaron notablemente.

El actual papa, el polaco Juan Pablo II, también quiere ser un papa de paz y lograr la unión de las iglesias siguiendo las palabras de Jesús, "un solo rebaño, bajo un solo pastor".

Este libro de John Cornwell es una detallada y exhaustiva investigación sobre uno de los temas más polémicos de la Iglesia en el siglo XX y sobre uno de los más dramáticos períodos de la historia contemporánea. Está muy bien escrito, magistralmente organizado, es didáctico y crítico. El uso de las fuentes es asimismo encomiable. Hay, no obstante, algunas repeticiones innecesarias y algunas opiniones que pueden ser debatibles, sobre todo por ciertos seguidores del Catolicismo, como por ejemplo algunos de los ataques a Pío XII, a quien trata de hipócrita y de actuar solapadamente y de no haber protestado ante los horrores de Hitler. En conclusión, es una obra muy provechosa para todo tipo de lector interesado en estas temáticas de la Segunda Guerra Mundial y el papel de la Iglesia y del papa durante la confrontación armada.

Juan Carlos Cortés Montoro